

Una reconciliación arriesgada

M. DOLORES GARCÍA

LA VANGUARDIA, 27.01.09

Con una habilidad indiscutida y fuertes dosis de personalismo populista, Jordi Pujol construyó un movimiento que mantuvo unificado el nacionalismo catalán durante un cuarto de siglo. Su peculiares equilibrios ideológicos le permitieron conservar bajo su manto al nacionalista más aguerrido junto al más escéptico sin que CiU sufriera grandes desgarros. En esa cuidada equidistancia era tan importante lo que hacía como lo que avisaba que haría pero nunca se atrevió a hacer. Así que cuando Pujol cedió las riendas, en el PSC y ERC se frotaron las manos. El pastel pujolista iba a ser desmigado y convenientemente repartido.

Sin Pujol los socialistas han logrado alcanzar el poder. Por dos veces. Pero no han conseguido merendarse la considerable parte de la tarta convergente que, se suponía, les iba a corresponder. Sin embargo, no es consuelo para CiU, que deambula desde entonces buscando su norte. De esa desorientación surgió la idea de la Casa Gran del Catalanisme, una fórmula moderna para volver a ser un movimiento, no sólo un partido. Desde esa plataforma se ha fichado a Àngel Colom o a Ramon Tremosa, independentista y cripto-independentista, respectivamente. No les ha faltado tiempo a los socialistas para acusar a los convergentes de abandonarse a la radicalidad. Pero donde el PSC observa extremismo, Artur Mas y los suyos ven los primeros pasos de la "reconciliación" del catalanismo. Y, si hay que reconciliarse, será porque antes hubo una fractura.

Esa quiebra de la unidad catalanista se remonta a los pactos de Pujol con el PP, cuando el mensaje principal de CiU era la rentabilidad de la alianza con Aznar, los famosos dividendos. Se daba por supuesto que el soberanismo no era bandera suficiente para convencer a la mayoría y se hacía de la necesidad, virtud. Artur Mas, copartícipe de aquella etapa, mantuvo algo de ese espíritu al pactar el Estatut con Zapatero. Ahora, CDC cree llegado el momento de soltar lastre. Mas no abominará del Estatut porque sería admitir un error, pero abre las puertas de su casa a Tremosa, que votó en contra. Tampoco importa que Convergència pidiera el sí a la Constitución Europea y su candidato esté en contra, como ERC, por tratarse de una norma en la que priman los estados. CDC se siente cada vez más cómoda bajo el apelativo de soberanista como eufemismo de la fase previa al independentismo.

A quienes alertan del peligro de descuidar el frente moderado y conservador del nacionalismo, el del votante pujolista de toda la vida, se les replica que para eso ya está Unió. El objetivo va a ser el votante de Esquerra, con una táctica de acercamiento que incluye precisamente un esmero especial en no agredir de forma explícita a los republicanos. Sea con opa hostil o con plan de reconciliación del catalanismo, los comicios europeos son el ensayo de una nueva Convergència. Las elecciones catalanas serán la primera y última oportunidad de probar el invento porque si no funciona, del pujolismo apenas quedará la guinda.